

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Bernat Juliol, monje de Montserrat
12 de noviembre de 2017
Sab 6,12-16 / 1 Tes 4,13-18 / Mt 25,1-13

Queridos hermanos y hermanas:

El Año litúrgico está llegando a su fin. Quedan ya pocas semanas para que volvamos a iniciar el Adviento y, con él, la contemplación anual de los Misterios de la vida de Cristo. Las lecturas bíblicas que la Iglesia nos propone en estos días tienen ya una clara perspectiva escatológica, centrada en la venida definitiva de Cristo, que recopilará en él todas las cosas y las elevará definitivamente hacia aquel que, al inicio de los tiempos, las creó.

El Evangelio de Mateo que hoy nos ha sido proclamado debe situarse en este contexto. Había diez vírgenes, cinco de prudentes que tomaron aceite para las lámparas y esperaron al esposo, y cinco imprudentes que no lo hicieron. Cuando el novio llegó hizo entrar a las cinco prudentes a la fiesta y las demás no pudieron hacer otra cosa que ver cómo la puerta quedaba cerrada delante suyo. El fragmento que hemos leído termina con una advertencia seria por parte de Jesús: «Velad porque no sabéis el día ni la hora».

La espera de la venida definitiva del Señor, lo que se suele llamar «la Parusía», es un elemento central de la vida de la Iglesia y de la fe cristiana. Tan es así que las primeras comunidades cristianas creían en una venida inminente del Señor. Pensaban que, en cualquier momento, Cristo vendría a poner fin a la historia y salvar la humanidad. Un ejemplo paradigmático de este empeño de los primeros cristianos es el fragmento que hemos leído en la segunda lectura de la carta de San Pablo a los Tesalonicenses.

Estos cristianos, en vez de disfrutar del sol y de las costas de esta hermosa ciudad del norte de Grecia, estaban preocupados porque, si la venida de Cristo era inminente, ¿qué pasaría con los que ya han muerto? ¿Quien se salvaría? ¿Sólo habría salvación para aquellos que aún estuvieran vivos cuando llegara el Señor glorioso? Es a esta inquietud, que Pablo les responde que: «los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar». La esperanza, es pues, para todos.

La historia nos ha demostrado que esta venida del Señor no ha llegado de manera inmediata como pensaban los primeros cristianos. Sin embargo, la espera de la venida del Señor sigue siendo un punto central de nuestra fe, sin el cual no podríamos llamarnos verdaderos cristianos. Lo cantamos todos en cada Eucaristía después de la consagración del pan y del vino: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, Ven, Señor Jesús».

La Espera de la venida del Señor se ha convertido, pues, en un elemento escatológico, retrasado a un final lejano. Pero esto no es suficiente, hay que ir hacia una comprensión más profunda de esta realidad cristiana. La entrada del Cristo-hombre en la historia ha modificado el tiempo y el espacio y ha dado una dimensión nueva al paso de los años y de los siglos.

En la primera carta de San Pablo a los Corintios, nos da una clave de lectura importante. Dice la traducción catalana: «Quiero decir, hermanos, que el tiempo se acaba» (1 Cor 7,29). Sin embargo, el original griego de esta expresión apunta hacia una realidad más fundamental. También podríamos traducirla por: «el tiempo se ha plegado». Sí, al igual que un marinero pliega una vela, Cristo ha plegado el tiempo.

Esto significa que lo que estaba al final, lo que sólo llegaría en los últimos tiempos, se hace presente aquí y ahora. En cada momento de la vida de la Iglesia, está presente la venida de Cristo. Esto no quiere decir que no habrá la Parusía, sí que existirá, pero ésta también queda ya anticipada en cada momento concreto de la historia.

La conclusión de esta reflexión es sencilla: la Iglesia y los cristianos debemos vivir siempre teniendo en frente la venida definitiva del Cristo glorioso. Esta es la esperanza que nos debe hacer avanzar hacia adelante cada día. El gran Domingo sin puesta ya se vislumbra en nuestro mundo de hoy. El Cristo ya está en camino para traernos la salvación. Es por eso que como cristianos, sin renunciar a nuestro mundo, debemos caminar siempre hacia delante, pensando que nuestra patria es el cielo. La venida de Cristo es, ni más ni menos, que la fuente de nuestra libertad absoluta.

Es preciso pues que vivamos nuestra fe como liberación, conscientes de las responsabilidades que conlleva ser cristiano. Es por ello que mientras dure nuestra peregrinación por este mundo tenemos que vivir de acuerdo con aquella sabiduría divina de la que nos hablaba la primera lectura. Una sabiduría prudente como la de las cinco vírgenes que velaron toda la noche esperando la llegada del esposo. Esperemos también nosotros con sabiduría, prudencia y alegría, la llegada del Cristo, que viene a salvarnos.